

¿ Qué fecha?

Parece que todo comienza con una fecha, y así empieza esta historia, con una fecha. Era diecisiete de Noviembre, sonaban las diez campanadas sobre su cabeza, y la falda de ella revoloteaba ya entre las piernas de él, cual fantasma del mercado, sin saber quien era.

Ella no le conocía y él tampoco a ella, se podía decir que era una típica cita a ciegas que los más probable es que acabara mal, o como la mayoría, en una velada aburrida y sin sal, sin sabor y sobre todo sin pasión...lo más, un “polvo” en cualquier sitio, sin fundamento y un “encantado de haberte conocido”. Pero ahí estaba él, tímido, envuelto en una cazadora negra con las manos en los bolsillos, resguardándose de un castañeteo que no sabía muy bien si era por el frío de la ciudad en invierno, por las ansias que tenía de verla, o por ese deseo irrefrenable e incontrolable del conocimiento, del saber, del descubrir, de descubrirse.

Las escaleras para ella eran eternas, sin fin, sus piernas no daban para más, cuanto más largos daba sus pasos más lenta iba, pero por fin llegó el último escalón, sintiendo el aire helado que se filtraba por sus medias. Miró instintivamente el reloj, este repicaba. Ella corrió hacia él, su corazón le guiaba.

Él era igual que en las fotos; sus ojos tristes, ¿su voz?, como esa voz que escucho por primera vez que hizo que ella se sintiera la mujer mas deseada del mundo. Dos besos formales sonaron cuando acabo la décima campanada y sin decir palabra, como si les hubieran dado el pistoletazo de salida, se encaminaron hacia ningún lugar, sin rumbo fijo, arropados por la multitud frenética que corría de un lado a otro, como en el mercado un sábado por la mañana. Y ellos ajenos.

La noche continuaba fría, y entre ellos una sensación cálida a floraba. Después de las preguntas de rigor comenzaron a verse más allá de los ojos del otro. El sitio daba igual, eso no era lo importante, lo mágico esa noche estaba donde ambos corazones estuvieran. Y estaban juntos. Por que esa noche, eran sólo dos noches. Él había caído de las alturas. Ella andaba colgada.

Y así se quedaron, colgados, enganchados el uno de los labios del otro. Ella sumergida en su dulzón olor a ternura y él, quizás, de su locura. No les dio tiempo a desengancharse, y prosiguieron conectados a través del viento, compartiendo algo que en el fondo no sabían que era...¿ Qué podía ser aquello que los mantenía unidos?; quizás la necesidad de sentirse importantes, de sentirse deseados, de sentirse queridos más allá de los convencionalismos. Cada uno representaba una salida a esa rutina que nos engulle, que aburre, que hace que pasemos inadvertidos incluso ante las personas cercanas, a esa rutina donde perdemos nuestra identidad, donde nos hacemos pequeños, ínfimos, donde marchitamos y donde morimos.

Él se fue, llevándose mitad de cuarto del corazón de ella. Ella se quedó, sintiendo el vacío más grande que haya sentido nunca, percibiendo mariposas cada vez que pasaba por debajo del reloj, renaciendo cada vez que su mente le revivía, le traía hacia sí, hacia ella, hasta que un día cualquiera, él se instaló dentro, y ella supo que se quedaría ahí hasta el final...esperando.

¿ Qué fecha?

Y todo se traducía a eso, a una espera larga, una espera a no se sabe qué. Y pasó el tiempo, ella que era la esperada, pasó a ser la que espera y el que esperaba, se convirtió en el esperado. Y la luna miraba , en un cielo invernal, relleno de un candente recuerdo.